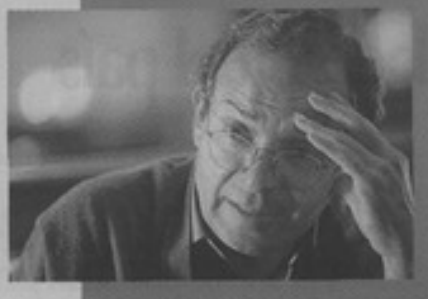




Héctor Aguilar Camín

La odisea de la masculinidad



Me encuentro con Héctor Aguilar Camín en una habitación de hotel. La cama deshecha, unos zapatos suyos, del número 46, tirados en el suelo, su ordenador de teclas abierto sobre una mesa y él, sonriendo y dispuesto. Tipo sencillo, como si no fuera el autor de *La guerra de Galio* y, desde entonces, uno de los más importantes escritores vivos de Latinoamérica. Es superventas, archipremiado y regalado por la crítica, además de entrevistador de televisión y columnista habitual de muchos periódicos.

Hombre influyente, todos sabemos que es también el marido de Angéles Mastretta, desde hace más de veinte años. Me pregunto cómo se verán abrazados, porque ella es chiquitita y él mide cerca de dos metros. Tiene 54 años, dos hijos, es enconce, triguero, feo pero atractivo... Y lo sabe.

Íntimo amigo de Fox, Castañeda y todo el que sea "alguien" en América Latina y sus alrededores, él mismo tiene aspecto de estadista, incluso en su pieza de hotel.

Me dice que le aburre hablar de sí mismo.

No lo creo.

Entiendo que fue un niño sin padre, que su padre los abandonó...

"Mi padre se fue de la casa cuando yo tenía trece años; yo sustituí esa figura con distintas personas, a través de mi vida. Primero, unos amigos un poco mayores, que me iniciaron en la vida sexual, en el alcohol y en la amistad. Después, con sucesivos maestros y con los jesuitas que me educaron. Más tarde, con la autoridad misma: los presidentes mexicanos".

Entonces, quizás me pueda explicar el llamado "principio de autoridad", que tiene muchos admiradores en Chile...

"No sé. Todas esas personas configuraron para mí una imagen paternal colectiva, como un respectableness... pero mi verdadero padre fue la tía Luisa, una hermana de mi madre que vivía con nosotros y que representó siempre en la casa la figura fuerte, masculina, si queremos jugar a esa cinetría".

¿La tía Luisa fue "una" padre?

"Una padre, sí. Con ella me peleé como se deben pelear los adolescentes con su padre. Ella fue, digamos, como el polo de resistencia. Porque en toda esta odisea de la construcción de la masculinidad mi padre biológico fue una figura ausente, omitida, un enorme vacío que tenía una extraordinaria densidad pese a ser un vacío. Era una figura faltante demasiado obvia".

¿Quién es este señor que lo engendró y por qué se fue?

"El es un hombre que nació de un padre

muy potente, mi abuelo Guadalupe, que era un empresario maderero muy importante, de gran éxito económico, pero también un padre tremendamente opresor. Mi abuelo era un hombre de extraordinario vigor y energía que borró la iniciativa de sus hijos y acabó criando minusválidos.

Mi padre fue parte de esa familia derogada por la presencia aplastante de mi abuelo Guadalupe. Intentó rebelarse, salirse de eso, e instaló su propia empresa maderera, competitiva con la de mi abuelo. Pero por esos azares a mi padre le fue mal, fracasó. Y quien se quedó finalmente con la concesión de su empresa fue, por supuesto, mi abuelo.

De manera que hubo allí una situación simbólica de despojo. De filicidio: a pesar de todo, el padre opresor se impone sobre el hijo que intenta salvarse y de alguna manera le arrebató, le quitó lo que había construido".

Fatalidad elevada a un plano mítico, le quitó la masculinidad. Tremendo. Triunfo del mal, como siempre pasa.

"Una tragedia. Desde ahí mi padre no pudo remontarse a sí mismo, ni remontar esa experiencia. Yo tenía ocho años, pero recuerdo que en esos días vino un ciclón que destruyó el pueblo donde vivíamos. Hubo que mudarse a la ciudad, y allí él ya no era nadie, era anónimo. Se fue perdiendo a sí mismo... fue perdiendo también el vínculo, el orgullo, la necesidad de cercanía con su mujer y sus hijos.

Un día se suicidó. Y se fue de una manera radical, porque no volvió a dar señales de vida".

¿No le ha venido un impulso cinematográfico de salir a recuperar la masculinidad ultrajada, buscar a su padre y abrazarlo y decirle unas palabras cruciales de hombre a hombre?

Sí, naturalmente. Pero, al mismo tiempo, había como un mandato interno en la familia. Nadie nos dijo nunca "no busquen a su padre que es un mal hombre", pero había un mandato implícito de olvidarlo. Hace poco tenía yo cincuenta años: comencé a buscarlo para aclarar el asunto, y no lo pude encontrar. Entonces comencé a escribir una novela que se llama *El resplandor de la madera*, que recoge muchos de estas cosas, naturalmente transfiguradas y reinventadas, puestas de otra forma.

Yo ya tenía definido, como argumento de la novela, que finalmente el padre ausente y el hijo huérfano iban a encontrarse y reconciliarse. Y entonces, llegó un día a mi oficina y me dice María, mi asistente, que llamó mi padre".

¡Apareció cuarenta años después!

"Eso fue el año noventa y seis. Y me dijo una cosa fantástica: 'Hijo, cómo estás. No te había podido llamar porque en el momento del año ochenta y cinco se me cayó encima un escritorio y, desde entonces, he andado mal de la espalda'.

Estaba en condiciones bastante tristes, de indigencia, se había gastado sus ahorros, no había podido trabajar durante mucho tiempo. Yo lo asomé, lo refaccioné, le di dinero, lo cambié a un departamento, me ocupé de él, agradeciéndole en el fondo y en la superficie el haber reaparecido para darme la oportunidad de ver de frente ese fantasma que me había acompañado durante toda la vida. Pero, por otro lado, con un cierto utilitarismo literario porque el hecho de que hubiera reaparecido me permitía, de alguna forma, actuar el final que tenía preparado para el desenlace de la novela y recoger, de un modo directo, algo que yo iba a convertir en materia vital en la novela: el reconocimiento con mi padre. Y en eso he estado".

Hablemos ahora de mujeres. Tiene cara de haber sido sobrepasado por las mujeres. ¿Me equivoco?

"No me puedo quejar. No he sido particularmente mujeriego ni hedeido por el favor femenino. He tenido un promedio mediocre de relaciones. Pero también es cierto que me han querido y he querido mucho".

Las mujeres en su literatura aparecen vulnerables, pero poderosas en lo afectivo. ¿Cómo percibe lo femenino, cómo son las mujeres de su vida, las mujeres concretas?

"Bueno, a mí me gustan cada vez más las mujeres. Mientras más viejo me pongo, me gustan más. Cuando uno es más joven la mujer es una zona de deseo, de enigma, de rivalidad y, a veces, de lucha. Parte del cortejo tiene que ver con eso, con el misterio. La conquista tiene algo de dominio de un territorio que en principio parece hostil, o que por razones tácticas tiene que mostrarse hostil.

Pero con los años, la mujer ha dejado de ser para mí el espacio del enigma, de la conquista, y ha comenzado a ser un espacio humano de extraordinaria complejidad. De ellas he aprendido el manejo de los afectos, el cuidado de los detalles, la fidelidad a las propias pasiones, y también un toque de locura y de fantasía que está siempre presente. Un toque de sueño, un toque de cuento de hadas que hay siempre en las mujeres junto a una terrenalidad tremenda. Los hombres somos seres atormentados por muchas quimeras, quimeras lógicas, quimeras políticas, quimeras públicas y de pronto, dejamos pasar las cosas fundamen-

tales, por ejemplo, la experiencia de nuestros hijos".

El deseo y el placer ocupan un lugar importante en su literatura, son fuerzas muy irrefrenables. ¿Es esa una dimensión importante para usted, en la que se siente competidor?

"Eso es el tipo de cosas que uno no puede decir, porque depende estrictamente de lo que opinen otros. Me he vuelto más atento, más cuidadoso, más comprensivo. Tampoco estoy seguro, no sé si he mejorado como amante..."

En sus novelas hay un alto grado de promiscuidad sexual, las mujeres pasan vertiginosamente de mano en mano, de hombre en hombre.

"Bueno, así es la realidad, hay una gran circulación amorosa, las mujeres tienen muchos hombres y los hombres tienen muchas mujeres. Pregúntale a cualquiera de mis amigos cuántos hombres ha tenido. Y eso no quiere decir que sean putas. Quiero decir que somos seres para el amor, y que el amor es diverso, es oculto, es variado y tiene diversidad".

Cuando dice "amor" se está refiriendo a "sexo", ¿no tienen para usted al menos sutiles diferencias estos conceptos?

"Me cuesta mucho trabajo pensar en un amor entre dos personas que no incluya sexo, pero me parece que el amor es una entidad más amplia que el sexo. Puede haber una relación estrictamente sexual, y esto no quiere decir que haya realmente un orden amoroso en esa pareja. Pero el amor incluye lo erótico siempre".

Vamos a la politología del amor, entonces. Ha dicho que el rencor es el motor de las revoluciones, ¿piensa eso así?, ¿no le parece que la más genuina motivación de los procesos revolucionarios es el amor humano?

"Yo valdré lo que decía Maguilelos: los golpes al patrimonio suelen generar memorias más largas y agravios mayores que los seres queridos. Entonces, sí creo que hay base de rencor, de resentimiento, de odio, de ira, sin el cual es imposible pensar una revolución, que al final de cuentas es una guerra civil, que al final de cuentas no es más que tomar la decisión de matar a tu conciudadano.

Es fantasía que las revoluciones se hacen por amor. No entiendo cómo se puede matar por amor. Cómo se puede emprender una tarea de inmolación, de guerra, de destrucción por amor. Bueno, las razones de los revolucionarios son que la situación es insostenible, que sólo es posible mejorarla con un baño de sangre. Pero los resultados indican que no es así, que la situación no

La Odisea de la masculinidad [artículo] Pamela Jiles.

Libros y documentos

AUTORÍA

Aguilar Camín, Héctor, 1946-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La Odisea de la masculinidad [artículo] Pamela Jiles. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile